

LAUREANO HABRÍA VENIDO...

Raro debe ser que el fabulista, padre de un ente de ficción, encuentre enriquecida a su propia creatura en la posterior interpretación que hace el ilustrador. A mí me acontece, y no sé bien los motivos, con la figura gris y llovida -entre admirable y lastimera- de un hombre que sospecho no haber inventado sino sólo puesto en pie y bautizado con el nombre poco comprometido de Laureano García. De algunos de mis personajes me acuerdo, pero a éste «lo veo», además, sujeto por unas chinchetas a la pared que me sirve de frontera física.

Los tipógrafos, si nos ponemos a generalizar, no son como los confiteros. Estos, al comenzar el aprendizaje, suelen comerse un día todos los pasteles del obrador -jaleados aposta por el maestro-, y definitivamente los aborrecen. Los de las artes gráficas, en cambio, no es raro que ganen para siempre una afición verdadera a la cultura por la letra de molde. Y hasta verse a sí mismos en tal letra. Así Laureano García. Fue una vez por Semana Santa cuando compuso cinco folios sobre «Jesucristo y el obrero consciente» y los mando al periódico de su capital provinciana de tercer orden. Salieron en el extraordinario, que diríase el mismo de un año para otro, con el dramatismo de la tinta morada, el artículo del Magistral y las colaboraciones no solicitadas ni pagadas. El advenimiento de García como articulista tuvo efecto al ancho de dos columnas, y el director dispuso, a saber por qué, que a manera de antetítulo constara aquello de «Noveles». El autor vio su artículo mermado, seguramente «por necesidades de ajuste». El autor encontró bastante corregido su discurso, que se sabía de memoria. El autor hubiera querido que su trabajo saliera sangrado, o mejor aún con orla, como salían los sonetos del poeta oficial. De todos modos, el autor se conformó. Tuvo un día feliz. Se echó temprano a la calle en la mañana del Jueves Santo sólo por ver el periódico en las manos de la gente.

Al día siguiente, sin más espera, Laureano puso mano sobre las cuartillas y él mismo se asombró de la facilidad con que las ideas acudían a su pluma. No uno, sino dos artículos confió al correo bajo sobre abierto, con franqueo de pocos céntimos, como original de imprenta. El martes madrugó más que de costumbre. Compró el periódico y lo hojeó de prisa, ¡y nada!, con lo que el periódico le pareció vacío. Lo mismo sucedió el miércoles y el jueves, y toda la semana, y las semanas siguientes. Al fin encontró un recurso que le valió algunas otras salidas: el de las efemérides. El director tenía mala memoria y varios años seguidos le admitió lo de la batalla de Lepanto.

Lo malo fue cuando el periódico cambió de manos. Podía ser consuelo lo de «mal de muchos...», pues no volvieron a verse sonetos ni los artículos del Magistral. Las colaboraciones venían todas de Madrid, por eso de la Cadena. Laureano, para no asfixiarse, se asomaba siempre que podía a la ventana precaria del «Buzón del lector». Una vez era pidiendo una manga riega para el barrio o denunciando la falta de bombillas; otra, la inmoralidad de las parejas en el parque... Un día llegó a inventar que le había mordido un perro sospechoso de rabia. La firma de Laureano García era como un dedo cívicamente tieso que no dejaba de señalar hacia «quien corresponda».

Para compensarse de la liviandad de las hojas periódicas, Laureano pensaba en algo menos efímero. En su taller se quedaba a hacer unas duras y exaltadas horas extraordinarias que no eran de cobrar. El patrón le autorizaba a componerse fuera de jornada una obrita propia que él soñaba ver en los escaparates de las librerías amigas: no más que un cuaderno, modesto en el tamaño pero grande y profundo en la intención:

«Filosofías de un pensador». Le daba muchas vueltas a lo del colofón: «Terminó de imprimirse esta obra el 23 de abril de mil novecientos tanto, aniversario de la muerte de don Miguel de Cervantes...» Ya mismo le parecía verlo sobre la página final, compuesta en el más puro estilo elzeviriano.

Bien. A Laureano le pasaron luego dos cosas, como podrá saber el curioso lector... de aquella historia, no el de este recuerdo periodístico donde el autor no quisiera abusar. Por ejemplo, acontecíale que no todo en su vida era afán vano de notoriedad impresa, sino honda y muda y hasta patética agonía entre su realidad de hombre y el hombre que él se presentía dentro. Nada que no hubiera mordido el corazón de otros hombres, de millones de hombres de todo tiempo, esta es la verdad. Con lo cual crecía el héroe, ganaba, y el lector -quisiera el autor- se desprendía de la cáscara anecdótica, y bien humorada, para ganar la almendra, a lo peor amarga.

A Laureano García lo tengo, como ya dije, frecuente ante mis ojos. Los suyos se me aparecen bajo la visión recreadora del ilustrador, gastados como heridas de afilarse con el plomo del oficio y contra la luz nocturna de la biblioteca de Amigos del País. Y cual si su aventura no se hubiera cerrado un día con punto redondo, ahora me está hostigando la sospecha -no, no, la seguridad- de que él habría venido a esa llamada de la Universidad para tardíos, trayendo la vocación heroica que yo he creído encontrar, como en ninguna parte, en el censo de los tipógrafos.

Antonio PEREIRA